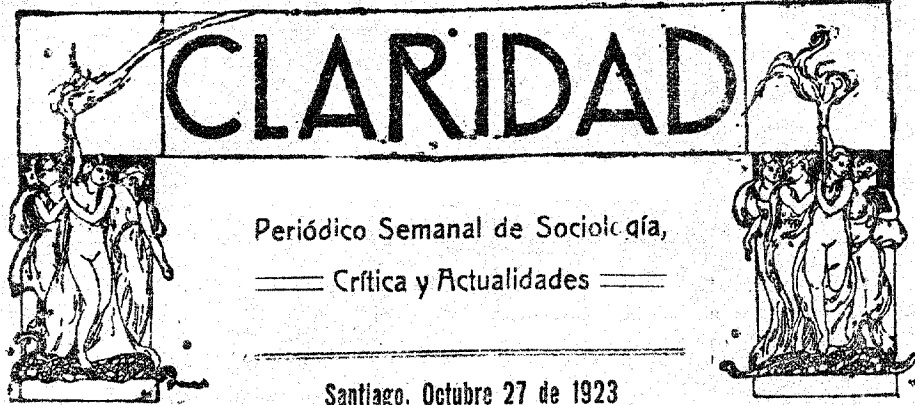


"CLARIDAD"

necesita el apoyo
espiritual y material
de los
hombres libres.



CLARIDAD no tiene opinión oficial
Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas.
Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos.
Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

MATONISMO Y PARLAMENTARISMO OBREROS

En este país en que la prensa se ha negado a colaborar en las campañas de higiene pública, mientras glorificaba a ese montón de sebo, sudor y uñas que se llamó el "cojo Zamorano", por no tener otra gloria que haber infectado el portal Mac Clure durante veinticinco años o haber apaleado bárbaramente a cuanto palomilla se negaba a someterse a su explotación en el radio que él ensuciaba, o haberse robado el producto de la venta de las revistas ideológicas; en este país en que los nuevos ricos acumularon millones dando papas fermentadas y saturadas de la venenosa solanina o carne agusanada y chuchoca apollada a los albergados del norte, mientras se quería exigir a los médicos curar a los intoxicados diabéticos con opio u otro sedante; en este país en que se mira con ternura evangélica al fraile Urbano porque ha llegado de España trayendo la buena nueva de querer implantar la Inquisición entre nosotros; en este país en que los parlamentarios gritan a todos los vientos que las Cámaras son verdaderas charcas infectas en que cual sapos líricos cantan la bancarrota que ellos mismos están produciendo mientras se les aplaude rabiamente por su cinismo; en este país en que los gobernantes—trepados al poder mediante la agitación popular—pretenden acallar el hambre debida a su ineptia, a garrotazos o besuquesos; en este país en que pontifican sobre sociología los periodistas portaderos porque han corrido aventuras en un garito, en un prostíbulo o en un chinchel con unos cuantos pungas y corteras a quienes toman por el pueblo y cuya felicidad resuciven dándoles un baño en agua de azahar o exigiéndoles una libreta de ahorros; en este país en que los jefes del ejército—cancerberos de la autoridad—demuestran su disciplina perforando a tiros la fotografía del presidente de la república y transformando los cuarteles en casas de remolienda regentadas por los comandantes; en este país, en fin, en que se es un portento de honradez porque se usa las manos en los propios bolsillos del pantalón, nada tiene de extraño que algunos vicios—comunes en las clases altas—se infiltran a las clases obreras organizadas.

*

Lamentable es el hábito del matonismo que se está haciendo en

démico en los sindicatos revolucionarios. No se respeta ya la razón de una causa y esta debe requerir de la fuerza bruta para triunfar; la resolución serena de los tópicos discutidos es la excepción, pues todo lo avasalla el trogloditismo más repugnante; para ser revolucionario vale más repartir "gomazos" o puñaladas día a día, que darse a formar conciencia en los individuos. El empleo de la fuerza es necesario en casos extremos, pero no debe la excepción transformarse en sistema, pues este vicio—además de desviar y deformar los movimientos liberadores entronizando la autoridad—da auge a la intromisión de matones en el sindicato, a los cuales no se les ve jamás trabajar y que al vivir parasitariamente pierden toda dignidad y son fácilmente atraídos por el mejor postor, que a la postre, siempre será el patrón.

Al lado de este grupo inferior actúan los parlamentarios, pues en tales se han transformado algunos obreros que agobian a las asambleas con discursos huecos y pretensivos, en que en un lenguaje rebuscado y enmarañado tratan de satisfacer su vanidad y su exhibicionismo, pero jamás de traer luz a los asuntos por resolver. Y así vemos que, a propósito de una nota sobre una huelga, por ejemplo, pide la palabra un ejemplo de estos y "se larga"—como un loro que ha comido pan con vino—a hacer la historia de todas las internacionales, de las querrelas de Marx y Bakunin, de las organizaciones en que él ha participado, de sus viajes y aventuras, etc., etc., pero no dice ni una palabra útil sobre lo que se trata; y si alguien le recuerda esto, se larga a hacer el panegírico de la libertad, mientras él tiraniza la paciencia de los que están obligados a escucharle. Así pasa el tiempo y se resuelve todo precipitadamente en una forma dictatorial o democrática, impuesta por el que preside o por la mayoría, que se ha fatigado gracias a la acción soporífera del latero parlamentario.

Hay que emprender una acción defensiva contra estos virus, que hoy infectan el sindicato, y los remedios deben estar por encima de los males que se trata de curar, pues si se va a proceder en la misma forma que ellos actúan, se corre el riesgo de caer en un círculo vicioso y con esto pagarle el gusto a los enemigos del frente, que ven

DEL TINGLADO PENINSULAR

Estudiando las causas del pronunciamiento militar de España, se ha encontrado una que lenta pero seguramente había ido minando el prestigio de los partidos políticos peninsulares. Francisco Granmontagne en una crónica reciente, ha hablado concienzudamente de la obra de revisión llevada a cabo por los hombres del 98, Unamuno, Baroja, Azorín, Ortega y Gasset, etcétera. Quien haya leído a estos escritores habrá podido encontrar en todas sus obras algún rasgo de aquel principio disolvente que, basado en una ideología más o menos nietzscheana, ha contribuido a acelerar la caída de un régimen corrupto que se mantenía sólo por la complacencia y la pereza mental de los españoles. Todos en España se encontraban hartos y asqueados de la política cotidiana, de banderías y facciones mezquinas e igualmente tenebrosas. La desintegración de los partidos había alcanzado términos indescriptibles, y es así como la jefatura de la nación entera podía quedar en manos del primer audaz que quisiera tomarla, tal como sucedió.

Desde el siglo anterior se había agudizado en la conciencia de escritores y pensadores de España la certeza de la crisis nacional. Quien haya leído a Larra, a Jovellanos, a Costa, a Ganivet—fuera de los ya nombrados, que de día en día renuevan la remembranza de ellos—, sabrá sin duda cómo se buscaba ya en 1830 o antes, un remedio o al menos un paliativo para los males del país. Había quienes hacían radicar la deficiencia en el ajenamiento de España de aquella saludable renovación que en el Siglo XVI trajo al pensamiento y al sentir del mundo europeo la Reforma de Lutero y de Calvino. Otros, en cambio, creían que en la península junto con la hipertrofia del Imperio colonial se había introducido el germen de la actual irresoluta crisis. El español habría, en este segundo supuesto, aniquilado en una vida azarosa e imprevisora sus reservas de energías y sus robustas fuerzas. Más adelante, entregada su alma al arrullo de una prosperidad áurea que no se quería ver morir, habrían ido dejando pasar siglos

con regocijo todo tropezón o toda vacilación en el desarrollo del proletariado organizado.

J. GANDULFO.

como las marejadas que deshacen las rocas de la playa con una lenta pero invariable constancia.

El despertar ha venido tarde. Costa hace ya años predicaba que su pueblo echara las siete llaves del eterno olvido sobre el sepulcro del Cid, símbolo para él de esa etapa maldita cuyas consecuencias aun se sufren. Pero, ¿quién oía a Costa? Murió el gigante luchador después de haber desarrollado titánicos esfuerzos absolutamente estériles. El pueblo español, poco o nada amigo de pensar y de lanzar su mirada más allá del mediocre horizonte del presente, y—lo que es peor—también incapaz de apartarse de las huellas pretéritas, no supo nada de su prédica civil ni oyó jamás sino con un gesto de indiferencia rutinaria su voz apostólica y llameante.

La tragedia de Costa ha sido la de cuantos han pretendido marcar los nuevos rumbos y señalar las metas ideales en la marcha de esta nación tan magnífica como desventurada. De cierto se puede decir que en América hemos apreciado más que en España a quienes como Baroja, Unamuno y otros, han sabido lanzar—siguiendo el ejemplo de Larra—verdades salinas a las heridas del amor propio y del necio orgullo españoles. Aquella masa que ama el torero y se entrega mansamente al caciquismo, que adora al fraile y no sabe hacerse representar en un parlamento, no puede comprender a los que la fustigan no con rencor sino con justicia. En cambio será de quienes para ella levantan oropelescos altares o de los que la manejan a punta de látigo y con las armas del terror.

Es lo que sucede hoy, y lo mismo que ha sucedido ya cuando en época que no olvidaremos nunca, el populacho enloquecido de ceguera xenófoba, formaba unánime en las filas del despotismo y gritaba: "¡Vivan las caenas!" Hoy como ayer vemos la apoteosis del imperio de la fuerza grosera, del poder atrabiliario y sin control, de la voluntad de los menos—y no de los escogidos—sobre los más. Convencidos de la penosa realidad que pretendieron encubrir en tantas ocasiones los políticos profesionales, los del "turno pacífico", la masa popular acepta resignadamente todo lo que sea nuevo, todo lo que le permita descansar en una peregrina y falaz ilusión de progreso entregada íntegramente a manos que acaso tengan un excesivo inte-

rés personal en echarse sobre los hombros la carga del gobierno. Lo demás, ya se sabe: un Primo de Rivera que se pronuncia e impone condiciones y amedrenta con el

fantasma de las fuerzas que se dice le obedecen, y todo está consumado!

Eugenio GONZALEZ R.

COMO ES JUZGADO KROPOTKIN

El dominio que se ejercita sobre un determinado campo de las letras, no autoriza por cierto a pontificar solemnemente y tozudamente sobre las múltiples manifestaciones ideológicas que florecen en el área vasta del saber.

La audacia abarcativa se resuelve a veces en yerros descomunales. Máxime cuando hay carencia de versación en lo que se penetra y ausculta. La complejidad que hora a hora adquieren los problemas humanos, obligan a una serenidad y hondura de aquilatación enormes.

Motivos simplísimos son estos que no siempre consideran los que se dan a la tarea de discernir valores o señalar negaciones en las producciones del espíritu.

Raúl Silva Castro, en el pasado número de "Claridad", y a raíz de un comentario al folleto "Figuras de Agitadores" de Santiago Labarca, se detiene a considerar la personalidad y la obra de Pedro Kropotkin, todo ello en cuatro fulminantes y enfatizadas líneas.

Le conocíamos hasta aquí por su labor que como crítico literario ha venido realizando en las columnas de esta revista. Indoctos en materias de arte, poco sensibles a las influencias de las modernas escuelas de belleza, nos esforzábamos no obstante por extraer de su prosa partículas emocionales y lógicas que vinieran a desbastar la cáscara primitivista que impide la expansión de nuestra personalidad hacia las regiones de la emoción. Aportaba una suma de deleite a nuestra incipiente cultura.

Pero, he aquí que en el artículo antedicho, la trayectoria, el rumbo de su acción comentarista, sufre brusca desviación, internándose en el océano de las consideraciones sociológicas. La saliente hacia horizontes vírgenes e inexplorados por su mentalidad, se traduce en una fecunda floración de errores.

Ante todo, conceptúa a Kropotkin como mero hombre de ciencia, investigador que vive entre el mundo de científicos afanes, ajeno a las inquietudes y análisis doctrinarios. Kropotkin no ha agitado las multitudes, no ha tornado efervescente el abúlico ánimo de las colectividades. Solo es el hombre de gabinete, sumido en la catalogación de nuevas especies y características naturales descubiertas en los hielos de la remota Finlandia. Con tan incompleta interpretación no ha logrado el joven Silva Castro sino desfigurar, emborronar la talla gigantesca del príncipe ruso.

Nosotros consideramos que Kropotkin ha realizado la más vasta labor de agitación que es dable provocar en los pueblos, tendiente a la conquista de su libertad.

Las conmociones sociales no se producen solo al conjuro de la fuerza sugestionadora que ejerzan sobre las muchedumbres los pregones de una nueva justicia. Ellos son simplemente una proyección clamorosa y audaz de las concep-

nes que el pensador ha puesto en pie desde el laboratorio de su cerebro; son los intérpretes valerosos de las concrecionadas doctrinas paridas por éste; enfilan su acción sobre las rutas luminosas que los sabios han trazado hacia el porvenir. Nada agitarían, ninguna corriente subversiva moverían dentro del pueblo, sin la enjundiosa fuerza atrevido de los postulados. De ahí entonces que Kropotkin—afianzador de una amplia doctrina—resulte el más formidable de los agitadores. Es la raíz profunda de sus pensamientos la que brinda vitalidad anímica a los bravos retoños que son los agitadores; se nutren de la savia de sus construcciones sociológicas fortificando su posición de combativos e iconoclastas.

Kropotkin ha complementado el tesoro recogido en sus valiosas rebuscas de científico con la suma de conceptos doctrinarios. Con lo uno ha potencializado lo otro; en la ubérrima naturaleza ha encontrado los elementos nutricios para su andamiaje sociológico. Su obra resume esa característica fundamental. No pueden abrirse abismos entre una y otra zona; no puede rechazarse o negarse la una sin menoscabo de la otra (1).

El libre acuerdo, factor capital de vida para la comunidad fraterna entrevista por Kropotkin, no es un algo utópico como despectivamente lo proclama el joven Silva Castro. Por el proceso demostrativo anteriormente exployado, ha valorizado Kropotkin la función específica del libre acuerdo, aduciendo millares de ejemplos fáciles de constatar en la naturaleza y dentro de las relaciones que ligan a los humanos en la actual sociedad. La espontánea y libre concertación de los hombres para una obra común, es algo positivo e incontrarrestable. De aquí infiere la lógica posibilidad de la existencia de una colectividad ajena al imperio de toda autoritaria coerción.

Kropotkin no ha programizado el futuro, no ha tendido rieles para que el hombre deslize el convoy de sus destinos. Por el contrario, ha creído que el panorama del futuro estará integrado por opuestos contornos, por líneas diversas y

(1) Para pesar sólidamente este aserto, es necesario conocerle a través de sus libros "El apoyo mutuo", "Palabras de un rebelde", "La ciencia moderna" y el Anarquismo, "La gran revolución", "Definición del socialismo y la anarquía, inserta en la Enciclopedia británica", "Campos, fábricas y talleres", "La Moral Anarquista", y su última formidable y póstuma obra: "Ética". Pretender juzgar a Kropotkin por la sola "Conquista del Pan", es casi desconocerle, formándose cuando más, de él un juicio débil y fragmentario.

cambiantes, dentro sí a la base de una positiva libertad.

Denota profunda superficialidad y ligereza la crítica del joven Silva Castro. Si ha pretendido menoscabar la personalidad de Kropotkin para soliviantar la talla de Marx, ha empleado un procedimiento baladí que se vuelve contra él, dejando al descubierto una perfecta ignorancia acerca de lo que es la obra del gran ruso.

"Los secuaces de Kropotkin"—y en honor al admirable calificativo—

no toleramos tan burdas y ostensibles depredaciones a la integridad de un fuerte idealismo como es el Kropotkiniano. Exigimos mayor conciencia de lo que se pretende impugnar, sin sentar plaza de pontificador banal y aparatoso.

La seguridad que se posee en el empleo de una facultad determinada, se quebranta, cuando se desconoce el medio en que ésta debe llenar su cometido.

Víctor YAÑEZ.

COSAS DE ACTUALIDAD

LA CONFERENCIA DEL LUNES

Pasado mañana, como hemos anunciado ya, el señor García Oldini dará en el teatro Septiembre una conferencia de alto interés.

El tema de esta conferencia, que es de índole musical, abarca un largo período de la historia de este arte magnífico, pues comprende desde Bach y sus contemporáneos hasta el expresionismo, orientación que hoy en día domina en el mundo de la música.

La conferencia del señor Oldini merece y alcanzará sin duda alguna un franco éxito. Existe gran demanda de entradas.

NO HAY DIFERENCIA

A pesar de todo lo que declamen en contrario los camaradas de la vereda de enfrente, será imposible que puedan demostrar en forma inequívoca que existe diferencia substancial entre el despotismo de Mussolini, de Primo de Rivera, y el del "compañero" Lenin, en quien todavía las multitudes mesiánicas esperan hallar el apóstol de las reivindicaciones anheladas.

No hay, en efecto, distingo alguno entre la tiranía que domina actualmente en Italia y España, de la que férreamente ha implantado, a nombre del proletariado, el caudillo ruso.

En los tres países se persigue con el misma ardor y ensañamiento a todos los hombres que no doblegan sus ideas, convicciones y entereza moral, ante el capricho de los nuevos amos.

El amordazamiento de la prensa independiente y liberal, la destrucción de los organismos que encarnan el sentir de los elementos trabajadores, la limitación del derecho de reunión, el anulamiento total de las escasas garantías que en regímenes anteriores disfrutó el ciudadano, no es obra y patrimonio exclusivo del señor Mussolini o Primo de Rivera, también alcanzada al señor Lenin y demás mayores del comisariato bolchevique.

Por otra parte, la prisión y deportación de los anarquistas, es gloria y privilegio que por entero aureola la personalidad del dictador moscovita.

En algunos estados se ejerce la dictadura con el propósito de limpiar al país del parlamentarismo y de la acción corruptora de los políticos profesionales; en otros, con el pretexto de hacer el bienestar y la felicidad del pueblo; en todos, con el único objeto de someter al hombre a la condición de siervo que tuvo antes de la revuelta del 89.

Censúrese en España los desa-

ciertos cometidos por Primo de Rivera, escribbase en Italia contra la vanidad y torpeza diplomática de Mussolini, critíquese una de las tantas claudicaciones del antiguo revolucionario que fué el señor Lenin y al momento se verá que en nada difiere el concepto que cada uno de estos tres estadistas tiene de la libertad individual.

No, no hay disparidad alguna entre una y otra tiranía.

Que sea el amo y el gobernante un militar de charrateras, un caudillo político de camiseta negra o un comisario plebeyo de camiseta roja, el hecho es y será igualmente el mismo. Siempre se estará bajo la égida de una autoridad que se opondrá a la realización de nuestros actos; siempre se dependerá de un poder que encauce y centralice nuestras acciones e impida la expansión de nuestra individualidad.

Y esto, es lo más odioso y vejatorio que pueda concebir la razón humana.

De ahí que para nosotros no valga más la dictadura del proletariado ruso, que la ejercida por el directorio militar de España o el consejo fascista de la patria de Mussolini.

COINCIDENCIA

El mismo día que abría sus puertas el "circo de la farsa representativa nacional", inaugurábase, por rara coincidencia, la exposición de animales en la Quinta Normal.

A este último espectáculo asistió don Arturo Alessandri acompañado de todo el ministerio.

También se exhibió por breves instantes el cardenal Benloch, en la grata compañía del padre Urbano, de una de las madres abadesas de la calle Eleuterio Ramírez, y del director espiritual que tienen los alumnos del Patronio de San José, émulo de aquel otro que tuvo a su cargo la regencia de los educandos en el Colegio de San Jacinto.

Se asegura que no hubo discursos, y que tanto el cardenal como su excelencia, estaban vivamente emocionados al ver el desfile de los cornúpetos premiados.

A la terminación del espectáculo las bandas tocaron la Canción Nacional y la Marcha Real de Sevilla.

El cardenal íntimamente conmovido esparció las bendiciones pontificias sobre todos los animales presentes.

MEDIO INUTIL

Si careciéramos de toda convicción que nos permitiera funda-